La Serranía y la Alcarría conquense

Estado actual y perspectivas de futuro

Marcos Núñez Laiseca

En contra de todo pronóstico, sin haberlo planeado, ni tan siquiera imaginado, la curiosa oportunidad de trabajar en el que fuera el Centro de Recuperación de Fauna Silvestre de El Ardal me ha llevado a vivir durante algo más de una década en la frontera natural entre la Alcarria y la Serranía conquenses. Priego y sus alrededores han sido mi hogar cotidiano durante once años, como antes lo fuera la comarca de la Jara en Toledo o los pagos de Tierra de Barros en Extremadura. Como quiera que mi infancia y mis raíces familiares están bastante lejos de las tierras alcarreñas y serranas, para bien o para mal, he vivido y sentido la experiencia de habitarlos desde la perspectiva del alóctono, del que no tiene, a priori, arraigos, pero tampoco prejuicios ni intereses añadidos a la circunstancia de vivir en un lugar.

Con el transcurso de los años, mi visión inicial, influenciada por un modo de entender la vida e interpretar los acontecimientos totalmente foráneo, fue contemplando al principio y acogiendo finalmente muchas de las consideraciones y hábitos locales característicos de estas tierras conquenses, al mismo tiempo que descubría una buena parte de sus valores, potenciales y limitaciones, los cuales permiten comprender, al menos en parte, la situación actual que afecta a sus pueblos y gentes, y que resumo a continuación como realidades que predominan en los pueblos de la Alcarria y Serranía conquenses.

Despoblamiento y pérdida de diversidad de oficios, ideologías, actitudes y capacidades humanas.

El hecho de que los territorios rurales gestionen el 80% de la superficie y gran parte del patrimonio natural y cultural español ha resultado inquietante para los grandes grupos de poder, que, de algún modo, no podían aceptar la idea de un mundo rural bien estructurado y autogestionado, dotado de un notable conocimiento de lo local, sentimiento de arraigo y autonomía frente a los intereses defendidos por los gobiernos centrales. En consecuencia, los sucesivos gobiernos, desde el régimen franquista hasta la actualidad, han adoptado un modelo económico y social focalizado en el desarrollo de lo urbano y los intereses de un limitado grupo de personas a expensas del deterioro y la desvalorización de lo rural, afectando al menos a 5 generaciones consecutivas de familias en todo el territorio nacional.

Fruto de este modelo, la agricultura, la ganadería, la selvicultura y el aprovechamiento de los recursos naturales son percibidas por la sociedad en general como las actividades peor consideradas, condenando al desprestigio a los profesionales que, con su esfuerzo, están haciendo posible el acceso a los recursos que construyen la base sobre la que se sustenta todo el desarrollo económico y la supervivencia humana. Este desprestigio ha llevado a millones de personas a abandonar el ámbito rural para integrarse en las comunidades obreras.

Los pueblos han contemplado, durante los últimos 70 años, cómo la mayoría de sus jóvenes abandonaban el hogar natal para adentrarse en la ciudad, debilitando la capacidad familiar y comunitaria de poner en valor sus propios recursos, desapareciendo con ello numerosas capacidades, ideologías, oficios y actividades. El paisaje actual en todo el Sistema Ibérico es desolador, con numerosos pueblos ya desaparecidos y otros muchos, notablemente envejecidos y escasamente diversificados, en vías de desaparición.

Aislamiento, autodesvalorización y falta de perspectiva

En el escenario cotidiano, con frecuencia, no somos conscientes del valor real que tiene todo lo que nos rodea. Nos acostumbramos a ello y la costumbre hace que le restemos valor. Este fenómeno, por generalizado, tal vez sea de hecho un mecanismo muy primario, que nos incita a afinar nuestra capacidad de apreciación hacia la búsqueda de lo escaso, con frecuencia necesario para la supervivencia. Si unimos a esta tendencia el hecho de no conocer otros territorios, otras circunstancias de vida, puede explicarse que no seamos capaces de tener una perspectiva global que nos permita comprender el valor real del patrimonio local. En los pueblos conquenses no predomina una consideración realista del valor de sus recursos locales, que se están abandonando y deteriorando a pasos agigantados. La mayor parte de sus habitantes no son conscientes de la singularidad y calidad de los paisajes serranos, sus ríos y manantiales, de la oportunidad que subyace en una buena gestión y diversificación de sus recursos forestales e hidrológicos o del gran potencial que brinda el contraste climático y el elevado contenido

en calcio de sus suelos para el cultivo de plantas aromáticas y medicinales de la más alta calidad.

Actualmente, la búsqueda de una buena parte de la sociedad de estilos de vida y alimentos más saludables brinda una oportunidad que no debe desaprovecharse, pues las comarcas serranas y alcarreñas al igual que no pueden competir en el contexto de elevadas producciones agropecuarias o forestales, por los mismos condicionantes de suelo y clima, pueden producir alimentos y materias primas de una gran calidad diferenciada.

Hoy en día existe una suficiente base de conocimiento y recursos técnicos como para impulsar esta transformación sin riesgos, existiendo precedentes significativos en otras zonas de clima y suelo similares cercanas (provincias de Soria, Segovia, La Rioja, Teruel, Huesca, Burgos y Guadalajara).

Los intereses particulares se imponen a los comunitarios, prevalecen el servilismo, la desconfianza, el aislamiento y el estancamiento de los conflictos frente a la cooperación y el desarrollo

A lo largo de estos años, he podido contemplar en los pueblos de la zona numerosos casos de abusos particulares frente a los recursos e intereses de propiedad colectiva, comunes especialmente en el ámbito de la caza y en la agricultura, pero también en la práctica de otras maniobras irregulares. Especialmente en los pueblos más pequeños, se genera, por ello, un ambiente bastante insano, en el que prevalece la opinión de ciertos grupúsculos corruptos frente al interés general, lo que imposibilita el desarrollo de relaciones basadas en el respeto y la confianza y alimenta un estado de conflicto soterrado y no resuelto que se perpetúa en el tiempo.

En este escenario, las voces disidentes y las minorías son excluidas, y, con ellas, cualquier oportunidad de evolución y cambio. Este sistema favorece a quienes apoyan los intereses de los más especuladores, generando una actitud servilista, bloqueando el desarrollo de un verdadero sentido comunitario.

Cuenca como cenicienta de los intereses foráneos

Teniendo en cuenta lo expresado en los puntos anteriores, es fácil comprender cómo los pueblos de Cuenca despiertan el interés de los grandes especuladores nacionales y extranjeros, cuyos desmanes ya son objeto de un gran rechazo social en la mayoría de lugares.

Triunfan así decisiones injustas para la comarca, como soportar una enorme presión hidrológica para prácticamente regalar sus recursos hídricos a otras comarcas por imposición estatal con un acusado deterioro ambiental en sus propios territorios, o asumir el riesgo que supone acoger por una flagrante maniobra especulativa, un almacén centralizado de residuos nucleares en Villar de Cañas, así como las centrales nucleares de Albalate de Zorita y Trillo.

¿Tan poco se quiere a esta tierra como para históricamente destruir sus montes y ríos y después situar en ella lo que no quiere nadie en lugar de ayudarla? Nuestros sucesivos gobiernos, al igual que potenciaron el despoblamiento, decidieron qué regiones, pese a su potencial y hermosura, pasarían a ser las cenicientas de sus intereses ocultos.

Ante el presente preocupante, ¿Cómo plantear el futuro?

Tras casi un siglo de deterioro ambiental y social, el futuro es, ciertamente preocupante. Imaginar un escenario en el que todo siga igual, es, simplemente, una opción suicida para los pueblos y gentes de la Serranía conquense. No se pueden perpetuar los posicionamientos que se han asentado en el pasado si se desea aspirar a vivir en pueblos donde exista una mínima salud democrática y viabilidad futura.

En mi modesta opinión personal, debería darse, realmente, un giro copernicano a la situación actual, sustituyendo el despoblamiento y la pérdida de diversidad funcional por la facilitación de asentamiento a nuevas familias y profesiones, la desvalorización histórica por una valoración real del potencial de la zona, la falta de perspectiva debería sanarse con la comunicación y hermanamiento con otras zonas del mundo y la preparación cuidada de las nuevas generaciones. Igualmente el interés particular debería moderarse, armonizarse con el interés comunitario, de algún modo, trabajar en la misma dirección para restaurar un entorno en el que prevalezca la confianza y la cooperación.

Por último, los pueblos, conscientes de su valor y potencial de futuro, no deberían entregar sus recursos a los intereses de la especulación. Deben negociarse compensaciones justas y, en cualquier caso, no hipotecar el potencial futuro con decisiones cortoplacistas.